

El republicanismo popular

Ramiro Reig

Universitat de Valencia

En la ponderada revisión historiográfica sobre el período de la Restauración realizada por M. Suárez, con ocasión del 98, destacaba el autor la abundancia de estudios aparecidos en los últimos años sobre el republicanismo y la decantación de muchos de ellos hacia planteamientos sociológicos y culturales ¹. De ser considerado como una pieza marginal del sistema político restauracionista, mantenida a buen recaudo por los gobernadores civiles, ha pasado a ser valorado como un movimiento social que vehiculaba las aspiraciones de las clases populares y conformaba su identidad colectiva. Siguiendo esta interpretación, el radicalismo democrático republicano no habría desempeñado el papel de integración interclasista, desviando al movimiento obrero de sus objetivos, sino que más bien habría contribuido a aunar y formular las inquietudes del mundo del trabajo. La heterogeneidad de este mundo dificultaba una formulación clasista, mientras que existían una serie de experiencias comunes entre *los de abajo* que se veían reflejadas y comprendidas en el discurso republicano. Esta identificación se vio propiciada por los acontecimientos del Sexenio, adquirió mayor

¹ SUÁREZ CORTINA, M., «La Restauración (1875-1900) y el fin del imperio colonial. Un balance historiográfico», en SUÁREZ COHTINA, M. (ed.), *La restauración, entre el liberalismo y la democracia*, Madrid, Alianza, 1998. Con anterioridad A. DUARTE hacía una constatación parecida: «Creo que puede afirmarse que en los últimos años se ha dado una renovada producción que tiende a cubrir algunos de los vacíos más significativos, así como a avanzar desde ángulos distintos y enriquecedores en el conocimiento del movimiento republicano», en DUARTE, A., «El republicanismo decimonónico (1868-1900)», en *Historia Social*, núm. 1, 1988, p. 120.

relieve en las ciudades y se intensificó en el período que media entre el 98 y la guerra del 14. El propósito de estas páginas es analizar el proceso de formación de una cultura popular republicana de carácter urbano y las razones por las que se convirtió en la expresión privilegiada de los trabajadores.

El aprendizaje de la república

La frase acuñada por M. Agulhon para describir la difusión de la cultura republicana entre los trabajadores de Toulon, durante el 48, conviene también a lo ocurrido en España durante el Sexenio. La comparación entre los dos períodos no es nueva y en ella aparece un hecho destacable: la quiebra del pacto jacobino que unía a la burguesía y al pueblo en la lucha por la democracia y, como consecuencia de ello, la superposición de dos dinámicas, la democrática y la social. En sus memorias Tocqueville, transido de emoción al ver votar por primera vez a los campesinos, se estremece de temor unas semanas más tarde al constatar que los obreros de París quieren convertir la democracia en socialismo. Si repasamos la historia del Sexenio comprobamos que, por parte de las clases populares, es un esfuerzo continuo para que la democracia sea lo que ellos piensan que debe ser, objetivo que creen conseguido con la proclamación de la República². Para los trabajadores la república no es una forma política de gobierno, sino una forma de organización de la sociedad caracterizada por tres elementos: la proximidad del poder, la dignificación del trabajo y la toma de la palabra.

Una de las ideas más arraigadas en la mentalidad popular, hasta nuestros días, es la percepción de la política como algo distante, ya sea por la lejanía espacial (cosas de Madrid) o por su inaccesibilidad. Las decisiones políticas se toman en *las alturas*, protegidas por la frondosidad burocrático-administrativa, por el lenguaje esotérico y por el

² Es en los estudios de carácter local donde se perciben mejor las tensiones sociales y la lucha popular por hacer valer sus reivindicaciones frente a la marcha atrás de las Juntas. SERRANO, R., *El sexenio revolucionario en Valladolid. Cuestiones sociales (1868-1874)*, Valladolid, Universidad, 1986; GUTIÉRREZ LORET, R. M., *Republicanos y liberales. La revolución de 1868 y la I República en Alicante*, Alicante, Instituto Gil-Albert, 1985; MORALES, M., *El republicanismo malagueño en el siglo XIX. Propaganda doctrinal, prácticas políticas y formas de sociabilidad*, Málaga, Memoria del Presente, 1999, libro que, al interés del texto, añade estar muy bellamente editado.

secreto que oculta los manejos y componendas fraguados de espaldas a los problemas de la gente. La política es un mundo aparte al que no se tiene entrada. A esta concepción se opone otra, de origen rousseauniano, en la que la política es el ejercicio de la voluntad general de una forma directa, algo próximo, cálido y accesible. Para la gente del pueblo la república materializa este modelo de hacer política, desde ahajo, y de aquí su inclinación hacia el federalismo que, excepto en casos aislados, no tiene nada que ver con reivindicaciones regionalistas, sino con la cercanía del poder. Por esta razón el éxito del republicanismo estuvo siempre ligado a la práctica del municipalismo incluso en corrientes con una fuerte componente centralista, como el lerrouxismo y el hlasquismo. Que esta ilusión rousseauniana sea más un espejismo que una posibilidad real es otro asunto. De lo que no cabe duda es que desde la república del año II, con los sansculottes irrumpiendo en la Convención, a la república de los soviets, hay una línea conductora que subraya la concepción popular de la política como algo que hace el pueblo mismo. *Y ahora ¿quién se pone al frente?* pregunta uno de los cantonales valencianos. *Tú, tú mismo, le contestaron cien voces, tú mismo nos bastas y nos sobras*³.

Aunque el grito más repetido en las barricadas de la Gloriosa fuera el consabido *¡abajo las quintas y los consumos!*, las preocupaciones de los trabajadores iban más allá de esta invocación, como lo prueban sus exigencias de una legislación social sobre el trabajo de las mujeres y los niños. Un buen termómetro para conocerlas, aunque excesivamente calenturiento, lo tenemos en el Congreso obrero celebrado en Barcelona, en 1870⁴. Se trata de una asamblea de internacionalistas neófitos, como no podía ser menos ya que hasta los más curtidos llevaban tan sólo un par de años de rodaje en la anarquía, tajantes y fervorosos en el momento de recitar los principios, minuciosos, bastante desconcertados y faltos de tiempo a la hora de exponer la situación de su oficio. Releyendo sus intervenciones descubrimos un paisaje de oficios tradicionales que comienza a verse agitado por las condiciones capitalistas. Los sastres, trabajadores independientes, se ven sometidos a las exigencias de los «bazares», los maestros actúan como «amos» capitalistas, los aprendices son sustraídos a la tutela de los oficiales y se les obliga a realizar

³ LLOMBART, E., *Crònica de la revolució cantonal*, Valencia, Tres i quatre, 197:3, p.26.

⁴ *¡ Congreso Obrero Español, Barcelona, 1870*, edición a cargo de V. M. ArbeloH, Madrid, ZYX, 1972.

tareas penosas, las mujeres compiten con los hombres con un salario inferior, se va perdiendo el control del trabajo por la imposición de tarifas y horarios no negociados según la tradición gremial. Los delegados son conscientes de la amenaza de desaparición que se cierne sobre su mundo. Nuestro trabajo, recalca uno de ellos, es muy distinto al de las minas y los ferrocarriles, hacen falta cuatro años para aprenderlo, insiste otro. La alternativa de la Internacional a la entrada de este mundo en el régimen capitalista es su pervivencia bajo la forma emancipada de una *libre federación de libres asociaciones de obreros*, frase que se repite en todas las intervenciones y que un delegado nos explica con desarmante sencillez. *Lo que nosotros queremos es la emancipación de los oficios*, afirmación que hubiera hecho las delicias de Marx, confirmándole en el carácter preindustrial del anarquismo, pero que respondía a la realidad de la época. Lo que querían esos obreros de oficios era, como escribió Proudhon, el reconocimiento de *la capacidad económica de la clase obrera*, lo cual podía encontrar fácil acomodo en la nebulosa federativa pimargalliana. Es cierto que la mayoría del Congreso se pronunció contra toda mediación política. Pero estaban también los societarios, quienes, según recuerda Anselmo Lorenzo, «referían con fastidiosa pesadez sus aventuras, sus fracasos, sus esperanzas y no entendían palabra de las nuevas ideas, porque para ellos todo lo que no fuera tener trabajo seguro, buen jornal y el pan barato era hablar de la mar»⁵. Por muy fastidiosos que le resultaran al ilustre propagandista de la Idea, fuera del Congreso eran numerosos, se irán organizando en el período siguiente y para ellos la república social estaba más próxima que la Icaria anarquista.

Las revoluciones desatan las lenguas de quienes han estado callados o amordazados. En la inauguración del Congreso de Barcelona una persona experimentada como González Morago se confiesa emocionada y al borde las lágrimas por encontrarse ante tan magna y locuaz asamblea. «Nosotros, siendo españoles, sentíamos no saber hablar español, no saber expresar nuestro pensamiento. Necesitábamos de alguien que dijera lo que pensábamos»⁶. De repente la gente se encuentra poseída del don de lenguas y es capaz de expresar lo que siente, lo dice a gritos por las calles, se reúne en las tabernas para comentar los hechos y tomar decisiones. Constantí Llombart, recorriendo las calles de Valencia durante las jornadas del Cantón, se sorprende, al igual que lo hiciera Tocqueville durante

⁵ Citado por V. M. Arbeloa en *1 Congreso, op. cit.*, p. 83.

⁶ *1 Congreso, op. cit.*, p. 108.

las jornadas de junio del 48, al constatar la presencia de numerosos grupos de trabajadores, identificados por sus blusas, que discuten entre sí y escuchan los discursos de los más atrevidos. Algunas cosas quedan de esta experiencia exaltante de toma de la palabra, incorporadas a la práctica republicana: la ocupación de la calle de una forma autónoma y no en apoyo de pronunciamientos ajenos, la creación de lugares de reunión propios (los casinos), la floración de una prensa doctrinal de carácter popular, la aparición de líderes locales que por el prestigio adquirido se convierten en los puntos de referencia de un legado que, tras el golpe de Sagunto, se irá recuperando poco a poco.

Estructuras configuradoras de identidad

El contexto en el que actúan los movimientos sociales es algo más que una referencia histórica para comprenderlos mejor. El entramado institucional (el Estado, las leyes), los discursos del poder que delimitan y excluyen parcelas importantes de la realidad, los «habitus» (en el sentido de Bourdieu) mediante los cuales los diversos grupos se sitúan, asumen sus roles y se relacionan entre sí, constituyen un marco estructurante que condiciona la acción social⁷. La Restauración configuró los diversos campos, político, económico y cultural, de una determinada manera y es en esta matriz donde debemos situar la posición de los trabajadores y, a partir de ella, analizar sus relaciones con el republicanismo.

En el campo político el canovismo realizó algunas operaciones que sus defensores califican de «civilistas» y normalizadoras pero que, si era esa su intención, tuvieron efectos perversos en relación con las clases populares. La integración del ejército terminó con los pronunciamientos a costa de aumentar su influencia en los aparatos del Estado. Los militares dejaron de oponerse fuera y pasaron a ejercer su presión dentro, lo cual significaba, para el pueblo, que dejaban de encabezar motines y algaradas callejeras y se convertían en sus represores (los estados de sitio y la utilización del ejército con este fin fueron frecuentes), además de ser los representantes de las odiosas guerras exteriores.

⁷ Una exposición de esta problemática en McADAM, D.; McCARTHY, J., y ZALD, M., «Oportunidades, estructuras de movilización y procesos enmarcados: hacia una perspectiva sintética y comparada de los movimientos sociales», en McADAM, D.; MCCARTHY, J., y ZALD, M. (eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, Istmo, 1999.

También la Iglesia cambió su apoyo al carlismo y su actitud de enfrentamiento al Estado liberal para reafirmar su tradicional influencia sobre la sociedad. El anticlericalismo popular puede rastrearse en fechas más lejanas pero todos los autores coinciden en señalar que es ahora cuando se torna militante y agresivo como consecuencia del alineamiento del clero, singularmente de las órdenes religiosas de la enseñanza, con las clases altas⁸. A la pregunta de *si entre los obreros domina la piedad () la impiedad*, formulada en la encuesta de la Comisión de Reformas Sociales, un tal Saturnino Garda resume así el sentir general: «Nosotros estamos viendo que los que predicán las doctrinas religiosas son los que menos las practican. Por consiguiente hacemos caso omiso de la religión» (). Añadamos, por si ya fuera poco topar con la Iglesia y con la milicia, el control de los mecanismos democráticos con los que el legislador buscó un imposible equilibrio entre la normalización y la exclusión. No cabe duda, y algunos autores han insistido en ello, que el sistema electoral, aunque viciado, se asentó y funcionó con regularidad durante cuarenta años, lo cual supuso la posibilidad del ejercicio democrático del voto. Pero no es menos cierto que esto se consiguió a costa de la marginación de la vida política de los partidos republicanos. Este mecanismo empujaba inevitablemente a las clases populares, carentes de una representación adecuada dentro del sistema, a la oposición. El repertorio republicano (antimilitarismo, anticlericalismo y antisistema) vino dado por las condiciones estructurantes del canovismo que más pesaban sobre las clases populares, y de ahí su éxito.

En el campo económico el período comprendido entre 1880 y 1914, una vez superadas las secuelas de la gran depresión internacional, fue de asentamiento del sistema industrial, sin que viniera a turbarlo el desastre colonial del 98. I. Nadal, en un estudio pionero basado en la contribución industrial, mostró que, además del textil catalán y la siderurgia vasca, existía un tejido empresarial diversificado y consistente en otras regiones, tesis confirmada en posteriores investigaciones. Algu-

⁸ CHIZ, J. (ed.), *El anticlericalismo*, número monográfico de la revista *Ayer*, núm. 27, 1997; LA PARRA, E., y SUÁREZ, M. (eds.), *El anticlericalismo en la historia de España*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999. Sobre la época que nos ocupa, CUEVA, J. de la, *Clericales y anticlericales. El conflicto entre confesionalidad y secularización en Cantabria, 1875-1923*, Santander, Universidad, 1994; SALOMÓN, M. P., «Republicanism and rivalry with the clergy. Mobilization of the protest anticlerical in Aragón, 1900-1913», en *Studia Historica*, núm. 17, 1999, pp. 211-229.

*) FLORZA, A., e IGLESIAS, M. C. (eds.), *Burgueses y proletarios. Clase obrera y reforma social en la Restauración*, Barcelona, Laia, 1973, p. 86.

nos historiadores económicos han subrayado la presencia de grandes empresas ocupando un lugar honorable en el *ranking* europeo de la época. Aunque no todos comparten este optimismo, llamémosle chandleriano por el patrón que lo inspira, y opinan que nuestra estructura industrial se asentaba en pequeñas y medianas empresas, con baja capitalización y pobre tecnología, es un hecho comúnmente aceptado la extensión del sistema industrial y la generalización de las relaciones de producción capitalistas ¹⁰. Este hecho se ve confirmado en el esfuerzo de los contemporáneos por construir un discurso que defina y acote la nueva realidad. La labor de la Comisión de Reformas Sociales, y luego del Instituto, es un ejemplo claro de la acuñación de categorías que correspondan al nuevo orden de la producción: clases trabajadoras (en lugar de clases humildes), salario, jornada laboral, accidente de trabajo, mano de obra, categoría profesional, sectores productivos ¹¹. C. Sarasúa, en sus interesantes trabajos sobre la formación de las categorías profesionales, ha mostrado el esfuerzo de la Administración, a partir de los padrones, por clasificar la mano de obra de acuerdo con categorías precisas de carácter industrial ¹². Es apreciable, por ejemplo, la disminución del indiscriminado término de *jornalero* detrás del cual, según ella explica, podía haber una persona que barría el patio del noble, iba a recoger los melones de su huerta y trabajaba para el ayun-

¹⁰ NADAL, I., «La industria fabril española en 1900. Una aproximación», en NUJAL, I.; CARRERAS, A., y SUDRIÁ, C. (eds.), *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*, Barcelona, Ariel, 1987; CARRERAS, A., y TAFUNELL, X., «La gran empresa en la España contemporánea: entre el mercado y el Estado», en COMÍN, F., Y MARTÍN ACEÑA, P. (eds.), *La empresa en la historia de España*, Madrid, Civitas, 1996; COMÍN, F., y MARTÍN ACEÑA, P., *Los rasgos históricos de las empresas en España, un panorama*, Documento de trabajo núm. 9605, Madrid, Fundación Empresa Pública, 1996.

¹¹ La influencia de Foucault y de la escuela de la regulación han hecho que en Francia se preste especial atención a estas cuestiones, de lo que es buena muestra la aparición de la revista *Genèses* en 1990. GAUDEMAR, J. P., *El orden y la producción*, Madrid, Trola, 1991; SALAIS, R., y otros, *La invención del paro en Francia*, Madrid, M'ISS, 1990; T'OTALOV, Ch., *Naissance du chômage, 1880-1910*, París, Albin Michel, 1994; PERROT, M., «The three Ages of Industrial Discipline in Nineteenth-Century France», en MERRIMAN, I., *Consciousness and Class Experience in Nineteenth-Century Europe*, Nueva York, Holmes and Meier, 1979.

¹² SARASÚA, C., *Población activa y estructura ocupacional*, Documento de trabajo presentado en el Seminario de Historia Económica, Universidad de Valencia, 1999, en el que ofrece algunos de los resultados de su tesis doctoral *The Rise of the Wage Worker. Peasant Unions and the Organization of Work in Modern Spain*, en curso de publicación.

tamiento encendiendo faroles. Uno es curtidor, ebanista o fundidor las diez horas del día, trabajando a las órdenes de un patrón, por un salario determinado y con unas obligaciones fijas.

La importancia de este discurso, cuyo eje es la supeditación del trabajo al capital, radica en que construye una estructura configuradora de identidad a partir de la cual el movimiento obrero tiene que entenderse y situarse. Frente al dominio del capital, al trabajo no le quedaba otra alternativa sino resistir, y así viene expresado en el nombre que asumió el naciente sindicalismo: *sociedades obreras de resistencia al capital*. Su estrategia de taller cerrado, o *closed-shop*, dirigida a la defensa del oficio, era estrictamente reivindicativa o defensiva. Esto no quiere decir que se abandonaran las ilusiones emancipatorias, despertadas por la Internacional, sino que se proyectaron a un confuso horizonte de sentimientos, imágenes e ideas sin articular. El carácter palingenésico del discurso republicano fue capaz de dar forma y figura a estas esperanzas proletarias corporeizándolas en el advenimiento de la república. Diversos estudios han mostrado que societarismo y republicanism caminaron juntos y bien avenidos, y que se fortalecieron mutuamente. La prensa republicana se hacía eco de los conflictos obreros, en ocasiones con singular vehemencia, defendía a las Sociedades sobre todo en los enfrentamientos con la autoridad, y los trabajadores acudían a las manifestaciones de carácter político y les votaban ¹³.

¹³ «Sembla clar, com suggereix Pere Gabriel, que podriem esLablir un paral·lelisme cronològic que mostraria com la lluita obrera dinamitzava el republicanisme: els anys 1890-1893, anys de revifalla obrerista significada per la Huita per la jornada laboral de vuit hores i per la defensa del dret d'associació, anys deis primers U de Maig, coincideixen amb un dels moments de màxima projecció del republicanisme que culminen amb l'èxit electoral de 1893. De la mateixa manera, el proper cicle expansiu de la Huita societaria, que s'iniciaria immediatament després de la crisi colonial de 1898 i que Lindria el seu moment àlgid en les vagues dels primers anys del segle XX, estaria estretament relacionat amb la consolidació del nou republicanisme català, del lerrouisme», en DUARTE, A., *El republicanisme català a la fi del segle XIX*, Barcelona, Eumo, 1987, p. 18. La referència a GABRIEL, P., se encuentra en *La Restauración y la Dictadura en Cataluña (1875-1930)*, pp. 325-348, segundo volumen de la *Historia de los Pueblos de España*, Barcelona, Argos, 1984. Ver asimismo de GABRIEL, P., «El marginament del republicanisme i l'obrerisme», en *L'Avenç*, núm. 85, 1985; DUARTE, A., «Republicans i obreristes», en *Col·loqui Internacional Revolució i socialisme*, vol. 1, Universitat Autònoma de Barcelona, 1989, pp. 71-87; REIG, R., *Obrers i ciutadans. Blasfèmia i moviment obrer*, València, Institució Alfons el Magnanim, 1982.

La asunción del republicanismo por parte de las clases populares se vio, además, favorecida por la debilidad del reformismo oficial. En este terreno las estructuras configuradoras de identidad fueron incapaces de crear un marco de referencia. En la Francia de la III República y en la Alemania guillermina la imposición del orden productivo-industrial fue acompañada de un poderoso discurso social reformista, que se materializó en la práctica y permitió a los socialistas entrar en el juego¹⁴. En España el discurso de los institucionalistas apenas fue audible y las medidas de corte social fueron escasas y avanzaron con lentitud¹⁵. A los ojos de las clases populares nada era posible en el marco de *lo existente*, lo que significaba que, no sólo la utopía internacionalista, sino también el reformismo institucional de los socialistas quedaban supeditados a las promesas republicanas.

Junto a la industrialización es preciso aludir a los cambios producidos por la urbanización. Es en estos años cuando se realizan en las principales ciudades españolas los planes de Reforma y Ensanche, todos ellos regidos por la idea de la jerarquización del espacio urbano¹⁶. La ciudad antigua en la que conviven las diferentes clases sociales, a veces en un mismo edificio (a la manera descrita por Proust en la mansión de los Guermantes) da paso a la ciudad moderna con barrios claramente diferenciados. La apropiación del Ensanche por la burguesía y el desplazamiento de las clases populares hacia el extremo opuesto reproducen, de manera real y simbólica, la división entre capital y trabajo del sistema industrial. La oposición entre «los de arriba» y «los de abajo» se materializa en la ciudad espacialmente, entre los de dentro y los de fuera, lo cual tiene repercusiones importantes en la cultura popular. Ésta se autonomiza, liberándose de su dependencia de la cultura aristocrática (el buen pueblo celebrando la fiesta religiosa

¹⁴ DONZELIOT, J., *L'invention du social*, París, Fayard, 1984; VV.AA., «A la decouverte du fait social, 1890-1910», dossier de la revista *Genèses*, núm. 2, 1990; TOTALOV, Ch., *Laboratoires du nouveau siècle. La nebuleuse reformatrice et ses reseaux en France, 1880-1914*, París, EHESS, 1999.

¹⁵ CASTILLO, S., «El reformismo en la Restauración. Del Congreso sociológico de Valencia a la Comisión de Reformas Sociales», en *Estudios de Historia Social*, núm. :30, 1984; VV.AA., *El reformismo en España: la Comisión de Reformas Sociales*, Córdoba, Publicaciones de la Caja de Ahorros, 1987; PALACIO, I. I., *La institucionalización de la reforma social en España, 1883-1924*, Madrid, MTSS, 1988; DE LA CALLE, M. D., *La Comisión de Reformas Sociales, 1883-1903*, Madrid, MTSS, 1989.

¹⁶ GARCÍA DELGADO, J. L. (ed.), *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*, Madrid, Siglo XXI, 1992.

y admirando las galas de los señores) y construye su propia identidad en contraposición a la cultura burguesa. La demarcación territorial, a la manera de una frontera, refuerza la identidad del *nosotros* y del *ellos*, máxime cuando las viviendas conviven con fábricas y talleres que pautan el quehacer cotidiano del barrio e introducen en él la disciplina fabril.

Pero si, por un lado, la ciudad moderna cualifica y segrega, por otro, unifica. En primer lugar, dentro del propio barrio que, en este sentido, es el contrapunto a la división del trabajo, el lugar donde el fundidor, el ebanista y el curtidor se encuentran y pueden participar en actividades comunes distintas a las del trabajo. Los equipos de fútbol en Gran Bretaña, los coros en Cataluña o las fallas en Valencia son un buen ejemplo. En segundo lugar respecto a la ciudad de la que los habitantes del barrio forman parte y a la que están unidos por los nuevos medios de transporte, por las medidas comunes de policía e higiene, por acontecimientos públicos de carácter general (las elecciones, la visita de un personaje). Sobre ellos también pesan, positiva o negativamente, los efectos de modernidad que la ciudad genera, tales como el anonimato o un mejor acceso a la información. La ciudad, al menos teóricamente, hace a todos sus habitantes iguales, les reconoce como ciudadanos. Esta implicación de la cultura popular en la cultura urbana tiene mucho que ver, como luego veremos, en la relación de los trabajadores con el republicanismo. Éste proporciona el utillaje conceptual necesario para expresarla, las redes asociativas para estructurarla y la representación política para hacerla valer.

La conservación del legado

Durante los primeros años de la Restauración el republicanismo dio pocas señales de vida. Marginado del juego político, dividido por el personalismo y doctrinarismo de sus orates y cercenado de sus bases societarias tras la prohibición de la Internacional y de todo lo que se le pareciese, ni sus conspiraciones ni sus posibilidades electorales constituyen una amenaza para el sistema. Pero la esperanza republicana permanece en el corazón de la gente aguardando quien venga a aventarla. A partir de 1886, favorecida por la ley de asociaciones, la presencia republicana en las ciudades comienza a hacerse notar, con mayor o

menor fuerza, y es un hecho constatable con la ampliación del sufragio en 1890 ¹⁷.

El centro motor de este renacimiento es el *casino republicano*. Resulta un tópico hablar de ello pero es inevitable no sólo por su papel ideológico, sino también sociológico. La paulatina descomposición de las solidaridades mecánicas, que opera la sociedad industrial, deja el campo abierto, según Durkheim, a las solidaridades orgánicas, o de libre elección, lo cual convierte a los calurosos círculos republicanos en creadores de identidad. Los casinos configuran una alternativa visible y cotidiana a *lo existente*, proporcionan un lugar donde se puede demostrar diariamente lo que uno piensa. Reúnen a los que tienen «otras ideas», los que no pisan la Iglesia, los que odian la guerra y protestan por los consumos, los antiguos federales, los masones, los maestros laicos, los societarios, en fin, todos los que están en contra del sistema encuentran asilo en la isla del progreso. Con semejante clientela representa el polo opuesto a la reacción, concentrada en los círculos carlistas o clericales, y al elitismo de los círculos de notables, y ofrece un espacio de sociabilidad democrático e ilustrado donde el obrero, con su blusa a cuestras, es reconocido con su dignidad de ciudadano. Al casino republicano van los trabajadores a escuchar a los «grandes prestigios» y a «tomar la palabra» y opinar sobre todo lo divino y lo humano. «En nuestra casa —dice *El Pueblo* refiriéndose obviamente a su casino— abundan las blusas pero son las de los obreros honrados que quitándose tiempo al descanso acuden a instruirse. Ellos son los verdaderos intelectuales de Valencia.» En este sentido es la antítesis de la taberna y responde a las dos demandas más repetidas en las respuestas obreras a la Comisión de Reformas Sociales: la instrucción y la respetabilidad. La actividad principal es la conferencia sobre cuestiones políticas y temas relacionados con el progreso y la ciencia tratados a la manera de grandes cuadros, muy del gusto popular, sobre las edades del hombre. Entre todos los temas, no hace falta decirlo, el más recurrente es el anticlerical (con el plato fuerte de la Inquisición), hasta el punto que su imagen y la del mismo proyecto republicano queda, a veces, reducida a esta dimensión. Pero los trabajos y los días de un casino republicano no se limitan a esta vertiente, como puede verse en el detallado estudio

¹⁷ «Durante los últimos veinticinco años del siglo XIX el republicanismo fue una fuerza política menos marginal de lo que podrían dar a entender los resultados electorales», DARDÉ, E., «La larga noche de la Restauración», en TOWNSON, N. (ed.), *El republicanismo en España (183U-J977)*, Madrid, Alianza, 1994, p. 113.

sobre el de Rubí, donde aparecen múltiples iniciativas que eran comunes a la mayoría¹⁸. Muchos de ellos sufragaban una escuela laica, otros tenían actividades musicales. No sin razón se molestó Anselmo Lorenzo cuando sus compañeros de trabajo, en Francia, se sorprendieron al oírle atacar un aria de ópera creyendo que los obreros españoles eran unos ignorantes en la materia.

Teniendo al casino como centro aglutinador el republicanismo intentó hacerse presente en el campo político. Los resultados electorales conseguidos a partir de 1890, con el sufragio universal masculino, muestran que contaba con una base popular suficientemente amplia y fiel para romper el encasillado gubernamental y colocar algunos diputados en las Cortes (45 en las elecciones de 1893) además de obtener un número significativo de concejales, aunque disperso y casi siempre minoritario. Los resultados prácticos de esta presencia institucional fueron diversos, según las ciudades, y han sido valorados con detalle en algunas investigaciones¹⁹. En líneas generales coinciden en señalar que tuvieron un efecto reconstructor importante (en algunos casos, como en Castellón, decisivo para el futuro) y subrayan que es inexacto hablar de un vacío republicano hasta la aparición del impetuoso radicalismo. Pero, con variados matices, indican también algunas carencias en su relación con las clases populares que impidieron la consolidación de una alternativa de masas. Ante todo destaca la falta de liderazgo. Las figuras del Sexenio han ido desapareciendo o ejercen una dirección simbólica y lejana cuyos ecos apenas llegan a los destinatarios. Su lugar es ocupado por personas, de cierto relieve en sus respectivos lugares, la mayoría de extracción burguesa y escaso arraigo popular. Consecuencia de ello son los cambios de orientación en los diferentes grupos locales, las divisiones, y la sensación de confusión, incertidumbre e impotencia que se va difundiendo. Da la impresión de que entre la fidelidad a

¹⁸ BATALA, R., *Els casinos republicans: política, cultura i esbarjo. El casino de Rubí, 1884-1939*, Barcelona, Abadía de Montserrat, 1999.

¹⁹ MAKTÍ, M., *Cossieros i anticossieros. Burguesia i política local (Castelló, 1875-1895)*, Alicante, Ayuntamiento, 1985; GUTIÉRREZ LLORET, R. A., *Republicanism en Alicante durante la Restauración (1875-1895)*, Alicante, Ayuntamiento, 1989; AKCAS, F., *El republicanismo malagueño durante la Restauración (1875-1923)*, Córdoba, Ayuntamiento, 1985. También sobre Málaga, aunque más centrada en el Sexenio, la obra ya citada de M. MORALES. CASTHO, D., «Los republicanos madrileños durante la primera fase de la Restauración», en BAHAMONIE, A., y OTEHO, I. E. (eds.), *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931*, Madrid, Comunidad, 1989; DUARTE, A., *El republicanisme catala...., op. cit.*

los principios y la práctica política existe un hiato imposible de salvar porque el doctrinarismo de los hombres del 68 se estrella contra una realidad que ha cambiado mucho desde entonces²⁰.

La consolidación del Estado y el desarrollo económico han inducido algunos fenómenos típicos de la modernización que no entran en los parámetros del viejo republicanismo. Citemos algunos: un aparato burocrático-administrativo bastante deficiente pero capaz de garantizar el funcionamiento del Estado y la creación de normas (aprobación de los Códigos civil y penal) una sociedad civil con enclaves urbanos en los que aparecen *masas disponibles* susceptibles de ser movilizadas; un espacio público unificado por la mayor agilidad de la información y sensible a campañas de opinión de carácter general, un proletariado que se va organizando de forma autónoma en el marco de las relaciones industriales. De cara a estos nuevos fenómenos un republicanismo basado en el poder de la palabra y del ejemplo y en la fidelidad de los convencidos se encontraba desguarnecido. No era un partido capaz de responder a las demandas de las masas y de ejercer un liderazgo sobre ellas, ni contaba con una organización que pudiera movilizarlas. A la altura de 1896, cuando Pi y Margall pide la abstención en las elecciones, parece confirmar que el republicanismo histórico solo tiene como respuesta el silencio.

La cultura del radicalismo

El nuevo republicanismo, que se autodenominará radical, irrumpe en escena en torno a la crisis del 98 y de la conmoción que provoca. La agresiva campaña contra la culpabilidad de la monarquía en la derrota, a la que viene a unirse la resonante protesta por el proceso de Montjuich, y la irrupción aparatosa de nuevos líderes, como Lerroux en Barcelona y Blasco en Valencia, marean la línea divisoria. La ruptura

²⁰ El testimonio de Álvaro de Albornoz es bastante tajante: «Las mismas tertulias, los mismos comités, los mismos casinos. Una vida mezquina, lánguida, de puertas adentro, generalmente los comités son grupitos que dirige un aspirante a concejal. Cuando el jefe llega a ser concejal y a tener su influencia, el grupito se convierte en grupo; así se han constituido los cacicazgos republicanos de las grandes ciudades», citado por SLJÁHEZ, M., «La quiebra del republicanismo histórico, 1898-1931», en TOWNSON, N., *El republicanismo...*, op. cit., p. 143.

espectacular con el pasado es su carnet de presentación²¹. El republicanismo es una fuerza poderosa, vienen a decir, capaz de arrasar con un régimen caduco. El primer rasgo, por consiguiente, del radicalismo es que se trata de una convocatoria, un *rassemblement*, para pasar a la acción. En lugar de invocar a la república, y esperar su santo advenimiento, se convoca al pueblo republicano para que se constituya en sujeto activo, en protagonista colectivo de su instauración. La soberanía popular no es un concepto constitucional sobre el que se discute (si es compartida, total o sinalagmática), sino un derecho que se ejerce, un acto.

El segundo rasgo, consecuencia del anterior, es la extremosidad de su lenguaje y la teatralidad de sus acciones. Lerroux irrumpe en Barcelona con la sana intención de convertir a las vírgenes en madres, y Blasco se da a conocer en Valencia con una monumental pitada a los peregrinos que van a Roma. El discurso radical es agresivo en todos los sentidos de la palabra: insultante y descalificador del adversario y, a la vez, exaltante y triunfador dirigido a las propias huestes. No se trata de una pieza oratoria al estilo del «Dios en el Sinaí», destinado a dejar boquiabiertos a los oyentes, sino de un discurso mitinesco para movilizar a los partidarios. No es exacto, por lo tanto, afirmar que al radicalismo se le va toda la fuerza por la boca y que es radical sólo en las palabras. Esas palabras dan vida a un mundo de imágenes, emociones y valores en los que se concretan las aspiraciones populares. En unos momentos en que España se encuentra sin pulso el republicanismo reaparece como un *regeneracionismo desde abajo*. Los lugares comunes del ideario republicano (fe en el progreso, defensa de las libertades, laicismo, reformismo social) son acuñados en el troquel del sentimiento popular y voceados con su lenguaje. Que los curas no engañen al pueblo, que los ricos no vivan del sudor de los obreros, que los pobres no tengan que ir a la guerra (o que vayan todos), que no se encarcele a los inocentes, que haya instrucción y todos puedan vivir de su trabajo. Estas afirmaciones elementales no son radicales en el sentido marxista de ir a la raíz de los problemas y postular un cambio revolucionario del sistema socioeconómico. Pero tampoco se las puede considerar inofensivas o propias de la pequeña burguesía. Son las cuatro

²¹ CULLA, J. B., *El republicanisme lerrouxista a Catalunya (190/-1923)*, Barcelona, Curial, 1986; ÁLVAREZ JUNCO, J., *El Emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Madrid, Alianza, 1990; RUIZ MANJÓN, O., *El Partido Republicano Radical, 1908-1936*, Madrid, Tebas, 1976.

o cinco cosas que un obrero de la época, respondiendo a una hipotética encuesta, hubiera considerado fundamentales, las que el hombre del pueblo pondría en primer lugar si un día le dejaran arreglar el mundo. Cuando en sus *Cuadernos de prisión* Gramsci reflexiona sobre la conveniencia de no despreciar la *filosofía del sentido común*, sino de convertirla en *filosofía de la praxis* se está refiriendo a la importancia que tienen estas verdades elementales. El republicanismo las recogió y las convirtió en objetivos políticos por los que había que luchar.

Si hay algo en lo que sobresale el republicanismo radical es en su capacidad para la movilización de las masas. De 1898 a 1914 casi todas las grandes manifestaciones fueron promovidas por los republicanos, lo que demuestra, además de su poder de convocatoria, que contaban con una eficaz maquinaria organizativa. Esto hace del republicanismo urbano uno de los movimientos sociales más originales. Por una parte es un movimiento abierto al que son invitados a participar todos los ciudadanos, por otra puede decirse que es un partido disciplinado con afiliados, ya que la cuota del casino cumple esta función, y con militantes experimentados dedicados en cuerpo y alma a la causa. El casino, como local social, sin dejar de ser el tradicional lugar de reunión, sirve ahora como centro de transmisión de la información y de articulación organizativa. El periódico *El Pueblo*, de Valencia, presumía que podía reunir en veinticuatro horas a la masa de seguidores blasquistas utilizando la red de casinos que existían en los diferentes barrios de la ciudad. Las manifestaciones públicas se adaptan al patrón de la modernidad política pautada por parlamentos, gobiernos y mecanismos electorales regularizados y relativamente estables. Como ha explicado Pérez Ledesma, las barricadas callejeras para derrocar gobiernos son cosa de otros tiempos y lo que cuenta ahora es la demostración de fuerza mediante un gran cortejo organizado, cuanto más numeroso mejor, con el fin de influir en la opinión pública²². Las manifestaciones republicanas se inscriben en grandes campañas de opinión sobre cuestiones de máxima actualidad: la guerra de Cuba, el proceso de Montjuich, la lucha contra la reacción derical-conservadora personificada en Maura, la guerra de Marruecos, la defensa de las escuelas laicas, la condena de Ferrer. Los participantes asumen el papel de protagonistas de la

²² PÉREZ LEDESMA, M., «La formación de la clase obrera. Una creación cultural», en CRUZ, R., y PÉREZ LEDESMA, M. (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997, exposición muy sugerente de los cambios de repertorio en la acción colectiva de las clases populares.

vida política, se adueñan del espacio público e interiorizan el principio clave del radicalismo, a saber, que la política republicana, a diferencia de la vigente realizada en la trastienda, es una política hecha en la calle por los propios interesados. Estas manifestaciones ordenadas y jolemnas no excluían otras demostraciones bajo la forma de alborotos y broncas (Electra, asunto Nozaleda, presencia en los plenos municipales) con los que la gente experimentaba espontánea y directamente el poder. Porque de eso se trataba, en definitiva, de demostrar que con la república la política estaría en manos del pueblo soberano.

Resumiendo: con un discurso agresivo, cargado de emotividad, en el que se define un regeneracionismo desde abajo; con una práctica movilizadora frecuente, intensa y, muchas veces, exaltada, en la que se ejerce la *acción directa*; y con una organización consolidada y eficiente con la que llevar a cabo su actividad, el radicalismo generó una cultura popular-republicana que fue hegemónica entre los trabajadores hasta el período de entreguerras. Esto fue así porque una cultura no es un programa o una doctrina, sino un conjunto de referencias, imágenes, valores y sobreentendidos, que enmarcan la vida de un colectivo, y el republicanismo ofrecía todo eso mediante la articulación de diversos elementos. Citaré los más relevantes.

La ascunción de las subculturas tradicionales. El caso del blasquismo es ejemplar al respecto. Asume y potencia el valencianismo popular de los barrios de la ciudad, su lenguaje incorrecto y descarado, su tono vital, sus formas de sociabilidad calurosas, su afición al ruido y al callejeo, y las incorpora a su estilo de hacer política. Sin llegar a estos extremos creo que esta simbiosis se da en todo el radicalismo que se distingue de los republicanismos cultos y minoritarios precisamente por su «malaeducación», su populacherismo y sus maneras plebeyas. Las famosas meriendas republicanas de los lerrouxistas son la versión popular de los «banquets republicaines» del radicalismo francés, banquetes «de sobaquillo».

La valoración de los elementos de la modernidad urbana. No es difícil encontrar en *El Pueblo*, de Valencia, anécdotas pintorescas en las que se refiere el recibimiento hostil tributado a Blasco en algunos pueblos de la huerta donde es recibido a los gritos de *¡viva el Corazón de Jesús!*, *¡viva el Papa Rey!* La repetición de estas notas de prensa revelaría un sorprendente masoquismo si no tuvieran una clara intención política. De lo que se trata es de establecer un contraste entre las personas de pueblo (*esos brutos de la huerta que votan a quien les*

da un duro} y las de ciudad (*obreros honrados que se forman una opinión y eligen libremente*) con el fin de explicar las opciones ideológicas por motivos socio-culturales. La identidad republicana no viene definida sólo por unas ideas, sino por unos comportamientos diferenciados que son propios de la cultura urbana. Los habitantes de la ciudad disponen de mayor movilidad, relaciones y oportunidades vitales. Evidentemente las relaciones de vecindad subsisten en los barrios y, como he apuntado en el apartado anterior, son aprovechadas, pero la constricción del grupo pequeño y cerrado desaparece porque es posible sumergirse entre la multitud. La gran urbe, comparada por los moralistas a la pecadora Babilonia, despliega sus tentadores atractivos o, como diríamos hoy, su oferta de ocio y cultura es mayor. El obrero no se ve abocado a ahogar sus penas en la siniestra taberna, puede distraerlas en el café cantante, y hasta compartirlas con la bohemia artística que lo frecuenta, y gritarle a la «pulguista» sin ser reconocido. Es más libre porque tiene donde elegir y menos presión social para hacerlo, puede vivir con su compañera sin sacramentar, llamar a su hijo Germinal, pertenecer a una sociedad esperantista y ciscarse públicamente en la patria. Es más culto siquiera sea porque conoce a mucha gente y por su lado pasan variados acontecimientos. Se siente más fuerte porque los rituales de la multitud no sólo le hacen sentirse acompañado, sino que van creando en él una conciencia colectiva. Pues bien, el republicanismo, cultura de libertad y progreso, se presenta como la expresión política de estos comportamientos, los asume, utiliza y fomenta. Así el título de *emperador del Paralelo* atribuido a Lerroix, que sus enemigos relacionaban con los bajos fondos, significa más bien su liderazgo sobre el nuevo proletariado urbano que había surgido en la Barcelona industrial, bronco y rebelde²³.

La incorporación de las aspiraciones emancipatorias a un gran relato de carácter historicista más inteligible para la mentalidad del obrero

²³ La relación entre cultura urbana y republicanismo, con una interesante teorización, en BETH RADCLIFF, P., *From Mobilization to Civil War. the politics of polarization in the Spanish city of Gijón, 1900-1937*, Cambridge, University Press, 1996. Haciendo mayor hincapié en el anarquismo KAPLAN, T., *Red City, Blue Period: Social Movements in Picasso's Barcelona*, Berkeley, University Press, 1992. El significado cultural del Paralelo barcelonés fue estudiado en un trabajo innovador por GABRIEL, P., «Espacio urbano y articulación política popular en Barcelona, 1890-1920», en *Las ciudades...*, *op. cit.*, pp. 61-94; del mismo autor «La Barcelona obrera y proletaria», en *Barcelona 1888-1929. Modernidad, ambición y conflictos de una ciudad soñada*, Madrid, Alianza, 1994, pp. 88-107.

industrial que el milenarismo de cierto anarquismo. El gran día del reparto tiene pleno sentido para el jornalero del campo, donde se puede materializar en algo tan razonable como el reparto de tierra, pero carece de significado en una industria relativamente desarrollada donde no se van a dividir las máquinas. En cambio, la idea de progreso, central en el gran relato republicano y en el imaginario popular, reconcilia la modernidad industrial con el control del trabajo por los propios obreros, dejando a la inventiva de cada cual cómo se realizará, si bajo la forma cooperativa y proudhoniana, mediante el *closed-shop* y los avances reformistas de las sociedades obreras o, también cabe, por la libre federación de libres asociaciones de obreros, fórmula tan vaga como la del progreso y que no es incompatible con él. La idea que late en el fondo de este gran relato emancipatorio es la preservación de las identidades obreras amenazadas. A principios de siglo, como antes he indicado, la industria se basaba en la experiencia del oficio pero éste, sometido a una relación salarial despersonalizada y a una disciplina del trabajo cada vez más exigente, se iba desvalorizando. El proyecto republicano-radical, que en ningún momento plantea romper con el capitalismo, propone, al igual que el radicalismo francés, un modelo de sociedad basado en pequeñas empresas donde se supone que patronos y obreros mantienen una cordial relación y el trabajo bien hecho conserva todo su valor. En este punto radica su atractivo pero también su debilidad ya que será superado tanto por el desarrollo capitalista como por la alternativa revolucionaria. No obstante, la seducción de una república de personas libres e iguales todavía queda reflejada en la declaración constitucional de 1931 que definía España como una república de trabajadores de todas clases.

La centralidad otorgada a la idea de pueblo. Pueblo es una palabra imprecisa en sus contornos y contundente en su aplicación²⁴. De una parte se pone a la mayoría de la población, honrada y trabajadora (sin precisar quiénes ni en qué), de la otra a un pequeño grupo de oligarcas que detentan la riqueza y el poder (el trust de los políticos de Washington aliado a los magnates del ferrocarril, en el caso del populismo norteamericano, los «vendepatrias», capitalistas aliados a

²⁴ Para más aclaraciones sobre un concepto tan escurridizo ver el dossier publicado por *Historia Social*, núm. 2, 1988; ÁLVAREZ JINCO, J. (ed.), *Populismw, caudillaje y discurso demagógico*, Madrid, CIS, 1987; SERRANO, C., *Le lour du peuple. Crise nationale, mouvements populaires et populisme en Espagne (1890-/910)*, Madrid, Casa de Velázquez, 1987.

las finanzas internacionales, en el peronismo). El carácter globalizador o agregativo, de tipo interclasista, es el elemento básico del discurso populista, pero no basta para definirlo, ya que aparece también en otro tipo de discursos, como en el de los actuales partidos centristas o *catch-at-all*. Tiene que ir acompañado de una serie de componentes éticos, culturales y políticos que lo perfilen. En el discurso populista los problemas políticos y económicos quedan supeditados a la oposición ética entre el bien y el mal, la verdad y la mentira, la justicia y el abuso (v. gr., la transparencia con que se expresa el pueblo frente a los turbios y ocultos manejos de los profesionales de la política, la vida laboriosa de los ciudadanos de a pie frente al lujo y el despilfarro de los de arriba). Esta oposición se expresa en términos culturales de fuerte impacto emocional y simbólico (en el caso de los *farmers* americanos se recurre a la imagen de los *pilgrims fathers*, en el poujadismo se apela al carácter irreductible de los galos). Pero la preeminencia de estos elementos no excluye, antes al contrario, exige el complemento del elemento político, entendido de una forma particular. La buena política, la verdadera, es aquella que permite la afirmación de la soberanía popular de una forma directa y sin intermediarios (de aquí la importancia otorgada a la comunión entre el líder carismático y las masas, el recurso a frecuentes manifestaciones y a los referéndums). La mezcla y la tensión entre materiales de una gran generalidad y otros de una suma concreción nos indica que el discurso populista pretende incluir a todo el mundo pero que, en realidad, se dirige a un colectivo determinado, y esto es lo que diferencia y da carácter a los diversos movimientos. El peronismo se dirigía a «los descamisados» y fue un movimiento con un amplio apoyo de la clase obrera, mientras que el poujadismo congregaba a los pequeños propietarios y sufrió la indiferencia o el rechazo de los trabajadores.

De lo dicho anteriormente parece bastante claro que el discurso republicano radical tiene todas las características de un discurso populista. La oposición entre dos mundos de valores (razón y progreso frente a oscurantismo y atraso), su lenguaje caluroso y lleno de imágenes extraídas de la cultura popular, el protagonismo de líderes como Lerroux y Blasco, y su recurso constante a la movilización callejera, así lo indican y no hace falta insistir en ello. Pero creo que es importante subrayar a quién se dirige este discurso. Aparentemente a todos. El pueblo son todos los buenos y honrados ciudadanos, menos un puñado de gente que forma la alianza entre el clero, el ejército y la oligarquía

económica. En este sentido es correcto calificar el populismo republicano como un movimiento interclasista. Pero primariamente, aunque no de forma exclusiva, a quien se dirige y apela el discurso radical, como he pretendido mostrar a lo largo del artículo, es a *los hijos del pueblo*, y éstos, en el lenguaje de la época, son los trabajadores y las clases populares, esos obreros que aparecen en los cuadros de R. Casas piso-teados por la Guardia Civil en una huelga, esas mujeres que acompañan a la reata de presos. En aquellos años cuando alguien decía *una mujer del pueblo* todo el mundo entendía que se trataba de una tejedora, una cigarrera o la mujer de un obrero, *hijos del pueblo* era la expresión que usaban los trabajadores para designarse a sí mismos, y *casas del pueblo* era el nombre propio de los centros obreros.

Una cultura no se fabrica, sino que se va gestando. En el caso de la cultura republicano-popular el proceso de formación comenzó en el Sexenio y alcanzó su madurez a principios de siglo con el radicalismo. Tampoco desaparece repentinamente, pero puede languidecer, perder influencia, eclipsarse. A partir de la guerra del 14 la cultura republicana comienza a verse desplazada por otra específicamente obrera o de clase. Los cambios que se están operando en el sistema capitalista (aumento del tamaño de las empresas, tecnologías desvalorizadoras de los oficios, tendencias corporativas) empujan a las sociedades obreras a convertirse en grandes sindicatos de industria, a definirse con un proyecto propio y a adquirir un protagonismo cada vez mayor. La revolución rusa proporciona un paradigma de comprensión de la realidad completamente distinto, en el que la revolución aparece como un horizonte posible, sin conexión alguna con el advenimiento previo de la república. El republicanismo queda como un proyecto de democracia radical pero tiene poco que decir en el campo social. Difícilmente podía continuar siendo la expresión cultural de las clases populares ²⁵.

²⁵ Los cambios del período de entreguerras sobrepasan los límites impuestos a este artículo. Ver BAHÍO, A., «El sueño de la democracia industrial en España, 1917-1923», en SUÁREZ, M. (ed.), *La Restauración...*, op. cit., pp. 273-316. Si se dispone de más tiempo REIG, R., «Las alternativas republicanas en el período de entreguerras», en PIQUERAS, J. A., y CHUST, M. (eds.), *Republicanos y repúblicas en España*, Madrid, Siglo XXI, 1996, pp. 231-268.